

LA HISTORIA, EDUCADORA DEL SENTIDO CRISTIANO

POR

JEAN OUSSET.

Presidente de l'Office International.

Muy queridos amigos...

Al término de estos tres días supongo que os parece suficientemente demostrado que si hay un sentido cristiano de la historia, este sentido no podría concebirse al modo de un progreso lineal obligado..., o lo que es lo mismo: al modo de un determinismo evolucionista que, por diferente que su orientación pudiera ser, no dejaría de parecerse al determinismo evolucionista revolucionario de ese famoso "sentido de la historia" con el cual la prensa y la radio nos aturden constantemente.

.....

Lo que está lejos de implicar que no debemos dar crédito alguno a las enseñanzas de la historia, puesto que es en la historia donde en primer lugar está enraizado el árbol de nuestra fe. Ya que está plantado sobre aquel acontecimiento del que San Pablo no temió decir que si fuera recusable, nuestra fe sería vana.

¡Acontecimiento de la resurrección de este hombre a quien se llama Cristo! Y por tanto, acontecimiento de su vida misma.

* * *

Y es eso lo que no sabemos distinguir suficientemente bien. Por legítimo y santo deseo de alimentar nuestra fe en la

doctrina del Evangelio, tendemos a olvidar que, antes de ser, si puede decirse, un libro de enseñanzas doctrinales y espirituales, el Evangelio se presenta como el anuncio de la venida histórica de alguien; la narración de la vida de alguien en un determinado momento de la historia.

.....
¡Acordémonos!

“En aquel tiempo..., siendo Quirino gobernador de Siria..., salió un edicto de César Augusto.”

O también...

“El año 15 del gobierno de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea; Herodes tetrarca de Galilea; Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y la Traconítide; Lisania tetrarca de Abilene, bajo el pontificado de Anás y Caifás”.

Et coetera...

¿Era verdaderamente posible un mayor cuidado para situar solemnemente en la historia la venida de este hombre al que llaman Cristo?

Y no sólo los evangelistas quisieron precisar en qué circunstancias históricas, políticas, nació, vivió, predicó, murió y subió a los cielos Nuestro Señor; no sólo, como todos los grandes personajes, Jesucristo aparece claramente situado en los anales del género humano, sino que no hay ningún hombre que aparezca, tanto como él, en el centro, en la cúspide de la Historia.

Y eso no al modo de un punto “omega” proyectado en la incognoscible prospectiva de un porvenir mítico. Sino al modo de una de las personalidades mejor conocidas y de tal naturaleza que es imposible, desde ese momento, no contar con El, ya se le ame o se le deteste.

* * *

Cristo reina “en los siglos de los siglos”, dice la liturgia. Sin embargo —nosotros mismos, cristianos, no nos percatamos—

más bastante— el hecho es que nadie sino El se ha presentado jamás como el centro, la razón misma de la historia.

Aun cuando no se tuviera fe, sería imposible negar la objetividad del hecho.

En otras palabras, este hombre no sólo llena la historia con su nombre, sino que —lo que el más loco de los locos no ha osado hacer jamás— se ha presentado como aquel en función del cual la historia ha sido creada y continúa ordenándose.

Su signo aparece desde el Génesis, y ha tenido la audacia inaudita de pretender que también será El quien venga a presidir el fin de los tiempos.

Este hombre tan sabio, incuestionablemente, y tan santo, ¿sería al mismo tiempo el más insensato de los insensatos?

Porque no existe ningún hombre ni fundador de religión, ni héroe mitológico, ni falso dios, ni Buda, ni Mahoma, ni Zeus, ni Prometeo... que haya hablado o al que se haya hecho hablar así.

Incluso a aquellos que se niegan a admitir la verdad de una pretensión tan vertiginosa debe aparecérselos como única.

Pues ya sea antes de la venida de este hombre al que llaman Cristo, ya durante su vida en la tierra, ya a partir de entonces, ha habido siempre y hay todavía hombres que no han esperado su salvación más que de El. Y admitiendo incluso que se rehuse creer en la legitimidad de una tal esperanza, no por ello es menos cierto que “históricamente” esta esperanza —loca, si se quiere— ha llenado los siglos.

Y por consiguiente, San Pablo, aun pensando que se equivoca, no ha mentado en absoluto cuando en un impulso magnífico llega a repetir dieciocho veces la palabra “fide” al comienzo de los versículos del capítulo once de su “Epístola a los Hebreos”.

“Fide... fide... fide...” “Es por la fe...” Es en la fe y en la esperanza en la venida de este hombre en la que han vivido y obrado todos los santos del Antiguo Testamento.

El es aquel hacia el cual ha tenido la esperanza de los Abel, de los Noé, de los Abraham, de los Isaac, de los Jacob,

de los Moisés, de los Isaías, de los Daniel... Como fue El la esperanza de las Inés, de las Felicidad, de los Hilario, de los Bernardo, de los Tomás de Aquino, de las Juana de Arco, de las Teresa de Lisieux, de los Pío X...

Por consiguiente —aun si se pudiera creer que este hombre había mentido al titularse “el que había de venir”—, el hecho es que ningún otro se ha presentado y que, efectivamente, nadie más que él ha venido. Hasta el punto de que, lejos de esperar un mesías distinto, los judíos han tenido que interpretar de un modo nuevo los textos que habían sostenido la esperanza de sus padres.

Aun en el caso de que fuera un impostor, habría al menos que agradecer a este hombre el haber impedido la impostura de las profecías que sin su venida aparecerían como el mayor engaño moral del que hubiera sido víctima la esperanza humana.

Y no sólo este hombre reina “en los siglos de los siglos”, no sólo reina sobre la historia, sino que la evidencia dice que en su estela todo parece proceder de esta realeza sobre el tiempo.

Pues si bien hay otros nombres que han resistido el paso de los siglos, lo más frecuentemente estos nombres no sobreviven más que en forma de recuerdo erudito.

Pues lo esencial de la mayoría de los sistemas filosóficos, morales o religiosos concebidos desde la antigüedad ya no se admite más que a título de referencia retrospectiva, vestigio emocionante de las vicisitudes intelectuales y morales de la humanidad.

Es decir, que puede gustar Platón, Aristóteles, Cicerón..., y sacarse, incluso, gran provecho de su lectura... Pero al precio de qué menoscabos. ¿Y quién se atrevería a hacer totalmente suyo el pensamiento de autores más próximos a nosotros..., como Proudhon, Augusto Comte... y el mismo Marx! ¿Acaso sus más fervientes discípulos no son sus primeros correctores, “expurgadores”, reformadores?

Sólo el mensaje de este hombre llamado Cristo permanece intacto. Pues si bien es verdad que nos referimos a él muy fragmentariamente, eso no es imputable a las insuficiencias del men-

saje..., depende de nuestras propias insuficiencias. No depende del hecho de que el Evangelio esté sobrepasado. Depende del hecho de que nosotros estamos como sobrepasados por el Evangelio.

¡Sí! Como si fuera amo del tiempo y de la historia, sólo este hombre llamado Cristo ha tenido la audacia de pretender que el cielo y la tierra pasarían, pero que no pasaría nada —ni siquiera una iota— de lo que ha enseñado, anunciado o prescrito. Y si es cierto que muchas veces fueron necesarias reformas en su Iglesia, estas reformas, para ser fecundas y santas, no consistieron jamás en ceder a las presiones de la historia, sino en dominar a ésta y como en reinar sobre ella. Consistieron en volver escrupulosamente a la enseñanza inmutable y siempre perfecta del Evangelio.

¡Esta es la razón de la juventud perpetua de la Iglesia!

* * *

Ahora bien, la Iglesia, enseña Bossuet, es “Jesucristo extendido y comunicado”. En otras palabras: la Iglesia es el ser mismo de Jesucristo, la vida misma de Jesucristo proyectada en las sucesiones de la historia y la multitud de las naciones.

Y por consiguiente la Iglesia es tanto (¡y a veces más!) una historia que conocer, una historia que meditar, como una doctrina que aprender.

Como el misterio de Jesucristo reside en lo que fue, en lo que hizo tanto (si no más) como en lo que dijo...; a su vez el misterio de la Iglesia reside tanto (si no más) en lo que fue, en lo que es, en lo que hizo (en pocas palabras: en su historia) como en lo que profesa magistralmente.

Dicho de otro modo: la inteligencia y el amor de las cosas divinas y humanas que nos es dado alcanzar por la Iglesia no apuntan solamente al estudio, a la meditación de la doctrina. Esta inteligencia y este amor de las cosas divinas y humanas apuntan también (y a veces más) al estudio, a la meditación de lo que es la Iglesia como tal. Estudio y meditación de lo que

fue. Estudio y meditación de lo que es concretamente. Estudio y meditación de aquello por lo que ha pasado, lo que ha remontado o padecido. Estudio y meditación de aquello por lo que Dios ha querido y quiere siempre que pase: crisis, pruebas, escándalos, humillaciones, aplastamientos.

¿Cómo una simple rectitud intelectual podría ser llamada "sentido cristiano" si este sentido del drama de la Iglesia le es extraño? Ya que, por mística que sea su enseñanza, este drama es, en primer lugar, histórico.

¡Drama análogo al de la vida y la pasión del Señor!

Drama que por sí solo, mucho mejor que una enseñanza exclusivamente doctrinal (siempre esquemática, abstracta, "ideal" ...), puede preparar a la adoración conveniente del misterio de la acción divina en la historia. ¡Misterio de la Cruz! ¡Misterio de la Redención del mundo!

En otras palabras: hay necesidad de conocer la doctrina (creemos que nuestra reputación de fervientes adeptos de la doctrina está lo bastante establecida como para que no haya inquietud sobre este punto). Pero, además, y sobre todo, hay necesidad de conocer y amar a la Iglesia en la plenitud de su vida y, por consiguiente, de su historia.

* * *

Cuánta gente está turbada hoy, cuánta se escandaliza porque su sentido cristiano es demasiado exclusivamente doctrinal, demasiado exclusivamente de principios. Supuesto que no hay nada más árido, nada más difícil que esa actitud mental puramente teórica, puramente ideal.

Tales luchas, tales inquietudes, tales escándalos nos conmueven, nos empujan a la revuelta o a la deserción, pero ¿no es acaso porque nos formamos un concepto tan en el aire de la vida de la Iglesia que no resistiría ni un segundo a la menor evocación de su historia si la conociéramos de verdad?

Pues si la historia de la Iglesia no ofreciera más que raros ejemplos de debilidades internas, se admitiría que este carácter

excepcional les quitaría todo el valor y que lo mejor sería silenciarlas para evitar que se extrañaran sin provecho. Pero cuando se sabe el lugar que estas miserias humanas ocupan en los anales cristianos; ¿cómo atreverse a creer que todo eso se ha producido por efecto de la inadvertencia divina?...; ¿cómo atreverse a creer que Dios haya permitido (y permita todavía) esto, si para nosotros no hubiera de haber ahí una ocasión de adelantar en la fe, una ocasión de penetrar más en la inteligencia sobrenatural del misterio de la Cruz?

Y, por tanto, es probable, si no absolutamente seguro, que el método que tiende a escamotear, velar, minimizar una parte tan notoria del misterio de la Iglesia no es tan sobrenatural como parece creerse.

Método más cercano a una providencia humana que busca presentar las cosas no como Dios ha permitido que se renueven sin cesar desde hace veinte siglos, sino como se tiene la esperanza de hacerlas aceptar "según el mundo".

Así, dejamos extender este *slogan* publicitario de que entre nosotros, cristianos, la vida es más tranquila y serena que en otra parte. ¡Y nos extrañamos de la inercia general!

Como decía Bernanos: "Escribirán sobre su templo: aquí se está mejor alimentado que enfrente. Y se extrañarán de no recoger más que vientres."

¿Algunas persecuciones... procedentes del exterior? Eso, puede pasar. Pero ¿problemas, escándalos, traiciones en el interior? He aquí ante lo que perdemos la confianza.

Sin embargo, ni la doctrina ni las experiencias de una historia veinte veces secular permiten afirmar que aquí abajo la Iglesia haya de estar compuesta necesariamente de fieles edificantes, de sacerdotes de buena doctrina, de obispos sin respeto humano, valientes ante el César, sumisos de corazón a la Santa Sede... ¡O de papas tan impecables como infalibles!

"Es necesario que haya herejías", escribe un autor poco sospechoso de integrismo, Karl Rahner, "porque son algo más que simples consecuencias de una libertad arbitraria. Pertenecen a esas cosas sombrías que deben existir, a fin de que ningún

hombre y que por tanto tampoco la "verdad" del hombre pueda glorificarse ante Dios.

"Así, el cristiano no debe extrañarse de encontrar herejías (en la Iglesia). Más aún, las esperará, las considerará como una tentación inevitable, véase... como la tentación (la prueba) más sublime. Aquella en la que las tinieblas se disfrazan de ángel de luz...

"Y si el cristianismo no distingue ninguna herejía... no considerará semejante paz del espíritu como algo natural. Más bien se preguntará... si los ojos de su espíritu no se han vuelto ciegos y su corazón insensible a la diferencia entre lo verdadero y lo falso, hasta el punto de no poder distinguir ya la herejía como tal."

Si conociéramos mejor la historia de la Iglesia no dudáramos más de la predilección de Dios por este tipo de prueba.

Es por tanto carecer de un sentido justo de los caminos divinos el ignorar, callar, ocultar deliberadamente lo que Dios de un modo tan manifiesto ha dejado sobreabundar.

* * *

Y señálemoslo.

Esta inteligencia, este sentido natural y cristiano de la historia no exige, si puede decirse, ninguna condimentación previa, ninguna de esas sublimaciones "cristogenéticas" (rectilíneas o en espiral) que, so pretexto de mejor separar las lecciones de la historia, empieza por trastocar su naturaleza.

Dicho de otro modo: es precisamente sobre lo que la historia tiene de más elementalmente visible sobre lo que se ejerce, sobre lo que puede y debe ejercerse esta interpretación cristiana de un pasado próximo o remoto.

Decimos bien: de un pasado. Pues somos de aquellos que siguen creyendo que la historia en estricto sentido, la historia verdadera, la única buena y vieja historia, es en primer lugar, es esencialmente, la historia de lo que ha sucedido.

Ya que lo que, por el contrario, llaman a nuestro alrededor "el sentido de la historia" es mucho más una concepción de lo

que no ha ocurrido todavía, un sentido del porvenir, un mesianismo que un sentido exacto de las experiencias del pasado.

Pero —fijémonos bien— tan desconocidas, despreciadas, consideradas sin valor práctico son hoy las enseñanzas de la única verdadera historia..., cuanto se nos recuerda sin cesar la obligación de tener que ceder a las inducciones, a los imperativos de “la historia”. Pero de esa “historia” que no es más que un amasijo de previsiones más o menos serias, teledirigidas sobre todo por las corrientes ideológicas dominantes.

Historia de mañana, cuando no de pasado mañana.

Lo que hace que la historia de lo que es desconocido sea propuesta como una referencia más segura que la historia de “lo que es conocido”. Y es a las inducciones de esta historia-porvenir, de esta historia de lo desconocido, a la que se nos pide que nos sometamos.

Auténtico mesianismo que tiene por efecto vaciar la historia en nombre de la historia.

Así, bajo pretexto de “desmitificación”, asistimos a una “des-historización” de las fuentes evangélicas y de los orígenes cristianos en provecho de una religión del “en-avant” teilhardiano de una religión prospectiva, de una religión más del futuro que de lo eterno. Diríase de un cristianismo que por fin se decidiría a salir del limbo... De tal suerte que se nos maneja mucho más en nombre de los deberes de una Iglesia por nacer, que en nombre de las certezas secularmente verificadas de esta Iglesia de la que decíamos antes que la meditación de su historia (¡de su historia verdadera!) es uno de los medios más seguros de avanzar más en la contemplación de la Pasión de Cristo y del misterio de la Redención del mundo.

* * *

Dejadas aparte estas enseñanzas, ¿es acaso sorprendente que se venga a decir que “la función de la Iglesia es participar jubilosamente, conscientemente en todas las formas de cambio, de

cualquier cambio...”, y que la principal función de la Iglesia debe ser desde ahora “la celebración del cambio”?...

“STAT CRUX, DUM VOLVITUR ORBIS...”, proclama la divisa de los cartujos. “Sólo la Cruz permanece estable en medio de las revoluciones del mundo”.

Y no sólo lo proclaman los cartujos, sino que lo grita la historia.

A aquellos, tan numerosos hoy día, que tienen poca afición por las demostraciones doctrinales; juzgadas demasiado abstractas para ser convincentes, sepamos demostrar que la historia, bien estudiada, no dice otra cosa que lo que dice la doctrina.

Sepamos demostrar que no existen dos universos de verdades diferentes, incluso contradictorias: verdades de razón pura y verdades prácticas. Trabajemos por restablecer esa unidad de lo verdadero de la que el idealismo, el kantismo, el agnosticismo han hecho perder el sentido. Unidad de la doble enseñanza de la doctrina y de la historia, que no es otra que la unidad de la Creación y de su coherencia.

* * *

Ciertamente, no es extraño perderse en la complejidad de gran número de acontecimientos. Del mismo modo no es cosa pretender que el menor encadenamiento de hechos comporte una lección clara y perentoria.

Queda patente el hecho de que si lo dudoso es dudoso, está claro que lo que es claro es claro. Basta con atenerse a ello y negarse a dogmatizar lo incierto.

Aun despejada de lo discutible, no por ello la historia deja de ser una fuente irremplazable de ejemplos decisivos.

Lecciones en que no sólo encuentra su parte el espíritu, sino también esa gran potencia sugestiva que es la imaginación. Puesto que las lecciones de la historia se ofrecen normalmente, en efecto, bajo un aspecto más vivo, más ilustrado, más concretamente humano que las habituales conclusiones de la más rigurosa especulación. Y qué debilitado estaría el poder psicológico de la

enseñanza doctrinal del Evangelio sin la narración simultánea que nos ofrece de la "historia" de Jesucristo.

Por lo demás, ¿la dificultad que tienen para creer no es acaso deplorada, por más de uno, para quien el acto de fe sería una representación intelectual encargada de resolver todos los enigmas?

¡Cuánto más sencillo y más conforme al "espíritu de infancia" es la contemplación del misterio de la Iglesia proyectado en la historia!

¡Cierto! Las páginas de vergüenza y de sangre, las páginas de cobardía y abandono se encuentran en gran número.

Pero la Iglesia (cuerpo místico de Cristo) ¿sería, como El, universalmente redentora si el inmenso rebaño del que Bernanos habla en "La grande peur" pasase demasiado lejos de ella?

"... rebaño mantenido, reunido por la costumbre o el temor, para quien lo divino no es más que una especie de coartada a su pereza, a su horror por toda lucha viril...

"Pero ¿quién (lo) recogería sino la Iglesia?...

"Así se ve apretarse en torno a ella, rechazando a los santos al atrio [de la Iglesia] una multitud de desgraciados que no vienen a buscar, época tras época, nada más que el descanso, honores o rentas, incapaces de hallar en otra parte el pan de su propia codicia. Cualquiera que se extrañase de verlos ahí se parecería a los fariseos ceñudos mirando con desprecio por encima del hombro al rabbi Jesús con su escolta de cojos, ciegos, mendigos y probablemente también de simuladores. Pues la Iglesia no es en absoluto el Panteón de los grandes hombres, sino, por el contrario, bajo la furia de la lluvia y el viento eternos, el refugio donde la especie más miserable viene a recibir de Dios y de sus santos, día tras día, de qué subsistir, a pesar de todo, hasta el eterno perdón."

Este es, en verdad, el primer velo del misterio de la Iglesia. El que corresponde a la descripción de Isaías: "No lo hemos reconocido. Sin hermosura. Sin brillo. Despreciado. El último de los hombres. Un ser de dolor, roto por el sufrimiento, desfigurado, semejante a un leproso."

¡Sí! Este es en verdad el primer aspecto de la Iglesia, como también la primera enseñanza de la historia respecto a ella.

Pero así como hay otro aspecto —el grande, el verdadero, el resplandeciente aspecto— del misterio de Cristo y de la Iglesia; del mismo modo la historia no deja de presentar otro. Ese otro que es también el grande, el verdadero, el resplandeciente.

Aspecto que, de esta Iglesia sumergida por los “cojos”, los “ciegos”, los “mendigos”, los simuladores denunciados por Bernanos, hace la Esposa radiante y virginal. Fuente de santidad en la vida privada. Fuente de civilización, de orden y de paz en la vida pública.

La Iglesia, madre de los libertadores de esclavos. Madre institutriz de los pueblos bárbaros. Madre de los monjes roturadores, agricultores, constructores y educadores.

La Iglesia, madre de las ciudades-asilo de la Edad Media. Madre de los hospitales y los orfanatos.

La Iglesia, madre del respeto a la mujer y al honor familiar. Madre del espíritu caballeresco. Madre de las únicas medidas que hicieron retroceder la guerra y que humanizaron sus daños.

La Iglesia, madre de las escuelas extendidas por todas partes y para todos. Madre de las universidades. Madre de aquellos lectores de los que Condorcet se vio obligado a reconocer que se les deben todas las nociones esenciales de la metafísica y de la epistemología. La Iglesia, única que profesa todavía hoy la objetividad del conocimiento intelectual contra el agnosticismo más o menos completo del idealismo, del sensualismo, del positivismo, etc.

La Iglesia, madre de las más nobles figuras de soberanos que el mundo ha conocido jamás. La Iglesia, madre de las encíclicas sociales. Madre protectora de los derechos de la persona contra el totalitarismo moderno. Madre protectora de los cuerpos intermedios. Madre protectora de las fuentes de la vida contra el neo-malthusianismo, el aborto, la esterilización, la eutanasia.

La Iglesia, madre protectora de las artes. Madre del gregoriano. Madre de nuestras basílicas y de nuestras catedrales.

La Iglesia, madre de los santos. Madre de los apóstoles y de los mártires.

Por un ejército de "cojos", de "ciegos", de "mendigos", de "simuladores"... ¿quién da más?

¿Más en permanencia en el tiempo?

¿Más en universalidad de las realizaciones?

¿Más en calidad, en heroicidad de los servicios prestados?

* * *

Ahora bien, ¿cómo, sino por una meditación piadosa de la historia, podemos tomar conciencia suficientemente viva de estos dos aspectos del misterio de la Iglesia?

De una parte, la evidencia de una miseria difícil de limpiar, fundamental, "original"... y de otra parte esta evidencia igualmente clara de la salvación, del rescate, de la redención de este todo y de esta miseria por medio de los que hay que repetir con San Pablo que son locura y escándalo a los ojos del mundo.

Pero ¿qué sería la Redención, qué sería el divino rescate si no consistieran en salvar, en rescatar lo que indiscutiblemente "estaba perdido"?

¡Verdad ésta que una profunda meditación doctrinal puede alcanzar, ciertamente!

Pero ¡cuánto más lo ilustra el estudio de la historia!; ¡cuánto más relieve y vida le da el estudio de la historia!

Y qué sensible se nos hace lo que tan felizmente dijo el cardenal Journet: "todas las contradicciones desaparecen... desde el momento en que se ha comprendido que los miembros de la Iglesia pecan, cierto, pero en tanto que traicionan a la Iglesia; que la Iglesia no es sin pecadores, pero es sin pecado".

Por consiguiente, en el plano social esta diferencia es radical entre un mal debido a una debilidad, a una malicia individuales que hacen que no se viva según los principios fijados...; y ese otro mal que se comete en nombre de principios o sin contradecirlos.

Diferencia radical entre ese mal que, según la frase del car-

denal Pie, tiene su principio en la ley y se desprende de ella...; y ese otro mal cometido a pesar de la santidad de los principios, por la sola indigencia del hombre pecador.

He ahí lo que la historia no ha cesado de enseñar con recursos de ilustraciones incompatibles: por un lado, las secuelas lamentables de una caída original cuya herida se ve bastante claro que se prolonga de generación en generación... y, por otra parte, la magnificencia de la acción divina, de la obra de la Iglesia entre los hombres y a pesar de su miseria.

* * *

Historia, pues, que confirma, que ilustra simultáneamente lo que la doctrina revela sobre la indigencia del hombre caído y lo que esta doctrina dice también de las posibilidades del hombre por poco que respete el orden divino y sea fiel a los impulsos de la gracia.

Historia que si bien ilumina con una luz tan a menudo trágica las posibilidades del mal, no por ello revela menos los recursos incomparables, las maravillosas revanchas de la verdad, de lo hermoso y del bien.

La historia, pues, escuela de sana desconfianza pero, además, de santa esperanza. En la medida en que es la gran escuela de la experiencia humana. Y por tanto la gran escuela de la acción.

Como ha dicho Gustave Thibon: "¿hay enseñanza más viril para las jóvenes generaciones que el mostrarles que ninguna herencia del pasado se adquiere, que ninguna promesa del porvenir es segura y que la realidad del mañana depende únicamente de su fidelidad, de su valor", de su perspicacia en captar, en explotar el acontecimiento?"

Porque, como Maurras observaba, "aquel que ve cuántos efectos diversos y lejanas consecuencias pueden nacer de la más pequeña iniciativa de un hombre o de un pequeño grupo de hombres bien dirigidos... ése se hace absolutamente inaccesible a la desesperación".

¡Prudencia, pues! Lo que no quiere decir pusilanimidad o "cobardía".

¡Valor!

¡Esperanza indefectible!

¡Celo infatigable en la acción! Porque sólo los que perseveran hasta el fin son artesanos de su propia salvación.

Esas son las grandes señales del sentido cristiano de la historia.

¡A la acción pues!

Y para ello, una élite de hombres:

Una élite de hombres no sólo instruidos, hábiles, resueltos, tenaces, sino también diversos en extremo. Extendidos ¡por todas partes y en todos los ambientes! No al modo de los trotamundos, sino como los elementos más competentes, más presentes, más dinámicos. Laicos valientes y conscientes de su responsabilidad. Pues en la historia no se ha hecho nada eficaz y verdaderamente profundo sin esta previa e intensa formación de algunos.

Una élite de hombres que, cualesquiera que sean los deberes, carismas, misiones, vocaciones de cada uno, sepan mantener el sentido de una acción más amplia y el cuidado de la mejor complementariedad de esta acción.

Una élite de hombres que por comprometidos que estén en acciones diferentes no por ello alimenten menos (por encima de estas últimas y cualesquiera que sean los conflictos) un espíritu generador de unión, de concierto; por inteligencia recíproca de las diversas opciones; favoreciendo así la complementariedad, la solidaridad de las iniciativas.

Una élite que haya comprendido que en el momento en que en todo el mundo la Revolución se hace "cultural" para apoderarse mejor de todo el hombre, no hay ninguna posibilidad de hacer progresar la verdad si se la profesa sólo a medias.

Nunca se ha realizado conversión alguna por la proposición de un mínimo.

Jamás ha sido provocado un gran impulso con rudimentos mal hilvanados de doctrina.

¡La verdad no entusiasma sino cuando aparece en el esplendor!

dor de su universalidad! Doctrina católica confirmada por la historia...

¡Si realmente llamáramos a la puerta, se nos abriría!

Lo pretende el Evangelio, ¿creemos en él?

Y ¿acaso no corremos el peligro, por el contrario, de merecer oír que se nos diga lo que la madre del último rey moro de Granada pudo espetar a su hijo cuando hubo de abandonar su capital ante el avance victorioso del ejército de Isabel y Fernando: "No es bueno llorar y lamentarse como una mujer cuando se está en trance de perder lo que no se ha tenido la voluntad, la tenacidad de defender como un hombre."

Consecuentemente, ¿nos batimos seriamente, cada uno en su puesto?

¡No de un modo impulsivo! ¡No en el desorden de unas operaciones mal concertadas!

Como el cardenal Ottaviani nos lo recomienda... ¡Es deber de todos!... Cualesquiera que sean las vicisitudes de la historia! ¡Atentos a regular mejor cada día el dispositivo de nuestra acción! ¡Confiados en el poder de la gracia!

Pues Dios se sirve, nos recuerda el cardenal, de cuanto hay de pequeño y débil aquí abajo para confundir lo que hay de fuerte y prudente según el siglo. A fin de que ningún hombre pueda gloriarse ante Dios.

Llenos sólo de la fe en Aquel que vive y reina por los siglos de los siglos.

Este es el sentido que debemos tener, tanto de la historia como de la acción.

¡Sentido del que el Credo es el argumento, la proclamación mayor!

Lo que me incita a pedirlos (como al final del congreso precedente) que lo cantemos juntos..., tal como nuestro santísimo Padre el Papa Pablo VI lo recomienda a toda asamblea cristiana en este año de la fe!